

El amante sin domicilio fijo



*Quest'opera è stata tradotta grazie con il contributo del Centro  
per il libro e la lettura del Ministero de Cultura italiano.*

Esta obra ha sido traducida con la ayuda del Centro del Libro  
y la Lectura del Ministerio de Cultura italiano.

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación  
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada  
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,  
[www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento  
de esta obra.

Título original: *L'ammante senza fissa dimora*

En cubierta: © Plaza de San Marcos, Venecia,  
litografía a color (1921) de Georges S. Dorival, impresa en París  
por Cornille & Serre / Alamy Stock Photo

© Arnoldo Mondadori Editore S.p.A., Milán, 1986

© Mondadori Libri S.p.A., Milán, 2019

© De la traducción, Natalia Zarco

© Ediciones Siruela, S. A., 2024

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-10183-45-2

Depósito legal: M-13.178-2024

Impreso en Gráficas Dehon

*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques gestionados  
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Fruttero & Lucentini

EL AMANTE  
SIN DOMICILIO FIJO

Traducción del italiano  
Natalia Zarco

 Siruela

Nuevos Tiempos

# I

## Cuando Mr. Silvera se decidió por fin

### 1

Cuando Mr. Silvera se decidió por fin (*look, look, Mr. Silvera!*) a soltarse el cinturón de seguridad para acercarse a la ventanilla y asomarse por encima de los que tenía delante, Venecia ya casi no se veía; no distinguió más que un lejano fragmento de mar color aluminio y un inmediato, macizo trapacio de aluminio, el ala.

—*The lagoon!* —repetían los turistas de su grupo y de los otros dos que llenaban el vuelo Z114—. ¡La lagunas! ¡A lagunee!

Como siempre, para ellos es indispensable nombrar, más que ver, las ciudades y los templos y las estatuas y los frescos, y las cascadas y las islas y todas las tierras y aguas que pagan por visitar. *Look, look, the Coliseum, the Sixtine Chapel, the Casbah, les Pyramides, la Tour de Pise, the lagoon...* Parecen invocaciones para suscitar cosas imaginarias, hacer que existan unos instantes antes de que vuelvan al círculo mágico. Cinco o seis, naturalmente, tratarán de atrapar para siempre la laguna con sus tomavistas o cámaras fotográficas.

Indiferente a tales ilusiones, Mr. Silvera se reacomodó en su sitio, las piernas largas extendidas de lado en el pasillo entre los asientos, una sonrisa benevolente preparada para saltar. Visto de perfil es un hombre sobre los cuarenta años, alto y delgado, con una cabeza de medalla perfectamente dibujada y con los hombros ligeramente curvos de un deportista, un empedernido jugador de tenis que, por ejemplo, en un determinado momento, por alguna razón, lo hubiera dejado del

todo; o quizá un ajedrecista, encorvado por las largas meditaciones sobre el alfil. Sus manos, delgadas, delicadas y nerviosas, hacen pensar en el póker o en la ruleta, pero también en sabios contactos con cerámicas, pergaminos o instrumentos musicales, y también con medias femeninas, con sedas y encajes y complicados cierres de collares.

Un hombre insólito, que hace blandamente (¿estoicamente?) un trabajo un poco incongruente, un poco mezquino. Guía de grupo. Acompañante y animador turístico. Por lo general, los eligen más jóvenes; los otros dos grupos del vuelo Z114 tienen como guías a una chica que se ríe todo el rato y a una especie de campesino achaparrado con un flequillo rubísimo sobre los ojos.

Silvera ha recogido a su grupo esta mañana, a las 6:15, delante de la sede de la Imperial Grand Tours, la agencia de viajes londinense para la que trabaja desde hace un tiempo. Le ha bastado el trayecto de autobús hasta el aeropuerto de Heathrow para conocer a esas 28 personas o, mejor dicho, para encajarlas en su memoria, que es notable y está acostumbrada a clasificaciones instantáneas. Típica gente, típica clientela de la Imperial, jubilados, pequeños comerciantes, pequeños empleados, artesanos, de nacionalidades recurrentes: ingleses y franceses la mayoría, pero también algún sudamericano o canadiense, algún escandinavo, dos jamaicanos, dos indios y un portugués con una hija adolescente, que no aparta jamás de Mr. Silvera sus grandes ojos nocturnos. También los nombres son siempre los mismos: Johnson, Torres, Pereira, Petersen, Singh, Durand...

El vuelo Z114 ha hecho escala dos veces, en Bruselas y en Ginebra, para recoger otros grupos; en Ginebra han embarcado también tres pasajeros en lista de espera, cuyo vuelo a Venecia y Atenas había sido cancelado. Dos hombres de negocios griegos y una mujer italiana, que ahora se sienta a la altura de Mr. Silvera, al otro lado del pasillo central.

Una azafata de anchas caderas recorre apresurada ese pasillo, busca los últimos vasos de papel que recoger, y Silvera

aparta con rapidez sus largas piernas y le sonríe. Pero ella sigue con el morro torcido, absorta en conjeturas amorosas o, mucho más probable, en quejas sindicales.

Silvera se encoge un poco de hombros, gira un pelín su sonrisa, y la italiana, al otro lado del pasillo, se la devuelve. Ya pasaron —se dicen sus ojos maliciosos, resignados— los tiempos en los que los pasajeros se trataban con protocolo de gran hotel, con atención de jardín de infancia; aunque, por otra parte, ¿qué se puede esperar de los pasajeros, de los cargamentos de turistas de este tipo? Mucho es ya que los lleven hasta Venecia por lo que han desembolsado.

El aparato toca tierra, frena con un soplido rabioso, y va reduciendo la velocidad a lo largo del borde de la laguna.

— *Well* —murmura Mr. Silvera levantándose—, *well*...

La alta estatura parece otorgarle una vaga superioridad, desmentida por la chaqueta de *tweed* bastante raída, por los pequeños agujeros de quemaduras en el pecho del impermeable que se está poniendo. La chica que ríe ya se ha puesto en marcha con su grupo; el campesino rubio pide orden y calma al suyo, que es el menos numeroso.

— *Well* —suspira Mr. Silvera bajando su bolsa.

Se da cuenta de que también su vecina italiana está intentando alcanzar un maletón, se lo baja y se lo entrega caballerosamente.

— *Thank you* —dice la mujer.

— Ah —dice Mr. Silvera, con la mirada distraída.

Después es engullido por su grupo, *please, please*, Mr. Silvera, hay chaquetas y bufandas que recuperar, bolsos que sacar del portaequipajes, paquetes olvidados bajo los asientos, y también impacientes que retener y tardones que azuzar. La hija del portugués lo sigue con la cabeza gacha, mirándolo desde debajo de las bellísimas cejas negras, y es «contada» al final de la escalera de embarque, donde Mr. Silvera y los otros dos guías están parados al viento dividiendo los grupos.

Pero no es a ella a quien Mr. Silvera tiende la mano para bajar el último peldaño. El honor (seguido de una melancólica indiferencia, con una indefinible sombra de complicidad) es para la señora italiana.

—*Thank you* —repite ella, seria.

—Ah —murmura, sin mirarla, Mr. Silvera.

Parte hacia la terminal a la cabeza de los suyos, que caminan todos sin dejar de mirar el vasto aluminio de la laguna para que no se pierda ni un céntimo del precio de la oferta. El grupo de la chica francesa los precede en el control de pasaportes y la aduana, donde todo transcurre sin obstáculos, en realidad nadie comprueba nada, y al otro lado de la barrera está ya Mr. Silvera coagulando una vez más a sus 28, impidiendo que se desperdигuen entre los baños y el bar.

—No, no —dice indulgente—, no capuchino, *please*, no vino.

Salen de nuevo al viento, y en la explanada algunos autobuses están a la espera. Pero ellos tiran hacia la laguna, que empieza a pocos metros a la izquierda y desaparece a lo lejos, contra un horizonte lanuginoso. Atracadas en un muelle, mecándose entre las gaviotas, cuatro o cinco lanchas estrechas con banderita en la popa.

—¿Taxi? —pregunta el patrón de una de las lanchas—. *Venedig taxi? Taxi Venise?* —repite indicando un punto alejado, más allá de las aguas.

Un poco más adelante, el grupo del campesino rubio se deja caer con estruendo y carcajadas a bordo de un barco barrigón con cabina de crucero.

La protesta se propaga por las miradas de los 28. ¿Y nosotros?

—*No boat* —dice resolutivo Mr. Silvera—, *no boat*, no barco, *sorry*.

Los precios que ofrece la Imperial, explica, no permiten la llegada a Venecia por mar, a través de la laguna gris. Para la Imperial hay un estupendo autobús italiano, *a fine italian coach*, de color rojo, que pasará por el famoso puente.

—*A famous bridge?* —se consuelan los 28.

—Sí, el más largo de Europa —miente Mr. Silvera, reen-caminándolos hacia tierra firme. Él se quedará allí todavía un momento a vigilar que los equipajes se carguen correctamente en la lancha de la compañía de transporte y que se envíen a su destino.

Ahora está solo en el muelle y mira la laguna como un príncipe, un condotiero que finalmente toma posesión o, acaso, que se despidе de ella porque la ha perdido para siempre.

Una de las lanchas se separa de la orilla, traza en el agua una elegante parábola y se orienta veloz hacia Venecia entre los chillidos de las gaviotas. Cerca de la bandera de popa está, por última vez, la italiana del vuelo Z114, que soy yo.

—Ah —murmura Mr. Silvera.

Y no responde a mi saludo, no levanta la mano, mientras su impermeable se agita como un raído banderín gris en el viento de noviembre.

## 2

Yo no le había dado importancia, entonces, al hecho de que Mr. Silvera fuera guía de grupo, acompañante, animador turístico o como diablos se diga. En medio de aquella muchedumbre voladora, por fuerza reparé en él al primer vistazo y lo registré con un interés casi profesional, él y su perfil de medalla antigua; pero sin mayor curiosidad, sin preguntarme cómo se las apañaría con aquella manada que lo interpelaba continuamente: ¡Mr. Silvera, Mr. Silvera! Lo coloqué en un imaginario catálogo de subasta personal con la etiqueta de «viajero insólito, incluso un poco misterioso», y después seguí pensando en mis cosas.

Ahora, naturalmente, no sé decir qué impresión me habría causado si lo hubiera considerado únicamente en función de su, llamémoslo así, trabajo. Que es estupendo, entendámo-



nos, para estudiantes con poco dinero que quieran ver mundo durante el verano (el hijo de Rosy y una hija de mi primo Macchi lo han hecho durante años), pero que, en noviembre, ejercido por adultos y con grupos de ese nivel, solo puede definirse como miserable. Es probable que hubiera perdido todos los puntos sin remedio, el señor Silvera. Lo habría liquidado con un pensamiento de conmiseración del tipo: «Mira ese pobre hombre, lo que le toca hacer, peinando ya canas»; o quizá, por el apellido: «Mira lo que tiene que hacer el pobre sefardita para sobrevivir». Un fracasado, un muerto de hambre, un *bum*. Y de esa clase de primeras impresiones un hombre ya no se recupera. De haber sido así, *después*, las cosas habrían ido de otra forma bien distinta, mejor dicho, probablemente no habrían ido de ninguna manera.

Sin embargo, gracias a esa fortuita o un poco soñolienta falta de atención, heme aquí reflexionando sobre *mi* trabajo, llamémoslo así, y encontrándole significativos parecidos con el suyo. Es un trabajo no menos vagabundo. Un trabajo en el que también hay que ganarse a la clientela, tragar sapos y humillaciones, y estar siempre preparado para engatusar, halagar, apaciguar, suavizar a personas perfectamente espantosas. Es un trabajo que te lleva a frecuentar la belleza, a buscarla, valorarla, ilustrarla con absoluta indiferencia, sin verla en realidad. Quizá exagero, pero la única diferencia entre un guía turístico y yo me parece que es esta: al primero se le paga con un «fijo» ridículo y alguna magra propina, mientras que a mí me pagan con jugosos cheques de bancos prestigiosos.

De ahí la separación: él, con su rebaño en el *vaporetto*;<sup>1</sup> yo, en lancha a mi hotel en el Gran Canal, y a la ficción de un recibimiento de otros tiempos: cómo está, otra vez veneciana, ha ido bien el viaje, ha visto qué tiempo, hay algo de correo para usted, le preparo un manhattan, un té chino quizá. Cosas así,

<sup>1</sup> Barcasas que se usan como transporte público en Venecia y que circulan por los canales. (*Todas las notas son de la traductora*).

dichas con esa familiaridad profesional destinada a hacerme sentir «como en casa» incluso con intervalos de meses. Y el viejo botones Tommaso, que maneja el ascensor con la seriedad y solemnidad del chambelán encargado del globo aerostático de Luis XVI, que afirma como para sí: «Cada vez más bella».

Sabe hacer su trabajo, te suelta una frase como esa, pero dejándote claro que es la traducción al idioma *granhotelero* de la vernácula «caramba», o de otra expresión más ruda que le sale de sus extenuados lomos (¿de verdad tan extenuados?).

Me miré de pasada en los generosos, omnipresentes espejos dorados, que también sabían hacer su trabajo. Vi (y de inmediato catalogué, sin omitir el «bello marco de estilo coevo») un *Retrato de joven mujer* atribuible a un «maestro toscano o umbro de principios del 1500», con influencias botticellianas y lippescas por una parte y peruginescas por otra. ¿Raffaellino del Garbo? Prescindiendo del *ensemble de voyage* de escuela franco-japonesa (Isseymiyake), la retratada presentaba de hecho marcadas semejanzas con otras madonas de ese artista, así como con la rubia y atractiva *Dama de perfil*, que Berenson (seguido por mi amigo Zeri) le atribuye en la colección de la baronesa Rothschild en París. Un retrato más satisfactorio aún teniendo en cuenta que, habiendo Raffaellino, o alguien por él, cortésmente omitido el «AETATIS SUAE XXXIV», los años podrían sin más bajar a XXX e incluso menos.

Sobre las gruesas alfombras nos cruzamos con unos japoneses caminando en silencio y en fila de a dos, como escolares. Todos hombres, todos vestidos de negro.

—Al menos ellos no montan jaleo —observó Tommaso con condescendencia.

—¿Vienen muchos también fuera de temporada?

—Cada vez más, y en todas las estaciones. ¡Bah! Dicen que son turistas, pero para mí que vienen a copiar Venecia. Verá como un día u otro fabricarán una ellos, una imitación perfecta.

De pronto se arrepintió de su broma, que seguramente debía de haber hecho ya con éxito quién sabe cuántas veces.

— Venecia no se puede imitar — añadió con orgullo.

Sin embargo, su opinión es una impresión que a veces también tengo yo en esta ciudad demasiado contemplada: como si esos millones y millones de pupilas admiradoras tuvieran el mismo imperceptible y perpetuo poder de erosión que las olas, cada mirada, un granito de Venecia robado, absorbido...

\*

Sin siquiera deshacer la maleta, llamé a Chiara por teléfono para que me confirmara la cita de la tarde. Tenía que visitar una colección de cuadros antiguos, pero de valor todavía no establecido, y si se daba el caso asegurar la venta en Fowke's, la casa de subastas para la que trabajo. Chiara es nuestra corresponsal local y la cita ya me la había confirmado dos días antes. Pero en Venecia nunca se sabe. En esta ciudad donde no se conoce la prisa todo es susceptible de aplazarse hasta el lunes próximo.

— Hola, ¿Chiara? He estado a punto de quedarme en tierra pero ya estoy aquí. Dime, ¿sigue en pie la cita a las tres?

Escuché con previsible desilusión (la desilusión en este trabajo es la norma) que sí, que las tres era la hora buena, pero no tanto así los cuadros: parecía que la famosa colección Zuanich ya la habían visto otros y la habían encontrado una simple recopilación de pintarrajos.

— Auténticos del XVII o XVIII, me han dicho, pero pintarrajos.

— ¿Quién la ha visto?

— Ahora mismo, casi todos. Incluso del Ministerio de Cultura han mandado a alguien, pero ya se sabe que no pondrán restricciones, parece que son poca cosa, «cuadros de decoración», como dicen ellos. El único que muestra interés es Palmarin. Quise avisarte en París, pero ya te habías ido. En cualquier caso, ya que estás, ¿quieres echar un vistazo también tú?

—Adelante con ese vistazo.

—Y hay otra cosa, una recomendación de una villa de Padua, que viene del mismo Palmarin. Con él tenemos una cita a las cinco.

—Adelante con lo de Palmarin.

Deshice la maleta, pasé por la ducha y luego llamé para hacerme invitar a casa de Raimondo, gran amigo veneciano.

—Divina —dijo—, un lenguado en mi casa. Ahora.

—No puedo, tengo una cita dentro de poco.

—Cena, entonces.

—Eso esperaba.

—Alegría inmensa.

Dichas por su voz un poco clueca y en ese tono deliberadamente plano, distraído, apresurado, las hipérboles que usa continuamente siempre me hacen reír. Es una lengua chismosa y maligna, un feroz despellejador, pero no contra mí, porque yo conozco su secreto y podría chantajearlo. Fue aquella vez que lo sorprendí mientras arrastraba la pesada maleta de una vieja turista alemana en apuros por un muelle, por la zona de los Frari. Él trató de salir airoso, suspirando:

—Qué quieres, a los ocho años me violó un monitor de los *scounts*.

—No, querido, ahora ya te tengo —le sonreí despiadada—, ahora sé que sí que tienes corazón.

Su palacete en Ruga Giuffa, siempre lleno de invitados multicolores, es quizá lo que más se parece a lo que fue la Venecia de antaño.

Abajo, en el restaurante, pedí un lenguado por pereza y miré distraídamente a mi alrededor constatando una vez más que es casi imposible, en Venecia, ver personas que sean verdaderamente personas, individuos. Todos los que tragaban manhattans o bellinis, yo obviamente incluida, tenían pinta de estar ahí por cuenta de alguna fundación, universidad, asociación internacional, gran empresa, gran museo. Incluso de las jóvenes parejas en luna de miel cabía esperarse la placa de identifi-

cación colgada en el pecho o las facturas para la hoja de gastos en el bolsito de Gucci.

Mientras afuera, arriba y abajo por el famoso canal, desfilaron los cromos turísticos pegados en los *vaporetti* como en un álbum de etnología elemental —ahí va una carga de rubios teutones y escandinavos; allá, un puñado de caras amarillas; allí, de puntos negros, españoles o griegos—, cada grupo apiñado en torno a su Mr. Silvera. Si bien, hay que reconocerlo, no pensé ni de pasada en Mr. Silvera, lo cual me parece inverosímil, imperdonable, ahora que de aquellas horas sin historia (¡sin mí!) querría saberlo todo, punto por punto, instante por instante.

Pero se puede imaginar. Se puede, en su mayor parte, reconstruir.

### 3

Cuando comprueba que hasta el último de sus 28 ha abandonado el *vaporetto* («*Vite, vite, madame Dupont!*»), Mr. Silvera se adelanta a la muchedumbre y va a toparse con un grupo de rusos de rechonchas y rapadas nucas. Se le pega a la espalda la muchacha portuguesa, que baja los ojos ruborizándose cuando él se gira para preguntarle si está todo bien, *tudo okay?*

En todo grupo hay siempre una adolescente que se enamora de Mr. Silvera, siempre un par de señoritas ancianas de inagotable energía, siempre una pareja de cónyuges que discuten, siempre una hipocondriaca, siempre un pedante sabelotodo descontento por todo, siempre un chismoso entrometido. Es como viajar con un muestrario, piensa Mr. Silvera, que en su viajera vida ha sido también marchante de joyas de fantasía. Cambian de vez en cuando las piedras, modelos, metales, pero los collares son siempre collares; los broches, broches.

En su papel de guía de grupo ya ha pasado varias veces por Venecia, pero en realidad conoce la ciudad por haber estado anteriormente en circunstancias menos superficiales. Sin embargo, de esas otras Venecias Mr. Silvera no habla nunca, las guarda rigurosamente aparte, no las utiliza para su trabajo actual. Podría enseñarles a los 28 algún edificio poco conocido, enriquecer con alguna anécdota un campanario, destacar algún jardín, explicar alguna cúpula, pero se atiene a lo mínimo indispensable, puente degli Scalzi, canal de Cannaregio, Fondaco dei Turchi, Ca' d'Oro, puente de Rialto... Omite la *riva*<sup>2</sup> del Vin y, tras un segundo de duda, también el palacio Bernardo.

—*Look, look, Mr. Silvera, a real gondola!*

—*Ah* — dice Mr. Silvera —, *yes, indeed.*

Conoce otros nombres de embarcaciones locales (*gondolino, caorlina, mascareta...*), pero no se los revela. Sería gastar saliva, se dice, porque algunas cosas ya no le interesan a nadie y menos a sus 28.

Pero la verdad es que esa latente Venecia suya de brocados, oros, púrpuras, cristales no se puede ni rozar sin dolor, y sobre todo no tiene nada que ver con la Venecia esquemática, impersonal, de la Imperial Tours.

Sant'Angelo, Santo Tomà, Ca' Rezzonico, Accademia. El *vaporetto* pasa de una a otra orilla del Gran Canal, atraca, desembarca a treinta daneses, embarca a treinta niños que vuelven de la escuela, y parte hacia el siguiente muelle con un traqueteo prosaico, laborioso, de mula de agua.

El grupo debe bajarse en San Marco para visitar la plaza homónima, la basílica homónima y el Palacio Ducal, pero en

<sup>2</sup> *Riva, rive* (en plural) es el nombre que reciben en Venecia los muelles y amarres, pequeños o grandes, que hay diseminados en las *fondamente* (nombre que reciben concretamente en Venecia las calles que bordean un río o canal; también hay pasadizos o canales sin *fondamenta*, en los que el agua toca directamente a los muros de los edificios y son intransitables a pie). Es un elemento característico del urbanismo de la ciudad.

primer lugar para comer. Mr. Silvera sabe que si no comen a su hora se ponen nerviosos; guiados a través de los siglos para asistir a la toma de la Bastilla, al saqueo de Roma, a la batalla de las Termópilas, hacia la una empiezan sin falta a dar señales de inquietud, a intercambiarse gestos significativos. ¿Cuándo se come? ¿Es que no se come? Y suele haber al menos una mujer que se siente peligrosamente «vacía», y otra más previsora que abre su bolso y le ofrece *a biscuit*, Mrs. Gómez? ¿*Le apetece un bombón, señora Wilkins?*<sup>3</sup>

Y ambas le dedican una mirada de reproche a Mr. Silvera, que trata de ganar unos minutos con el puente de los Suspiros y Giacomo Casanova.

Puesto que los 28 creen equivocadamente que Casanova acabó en esa cárcel por cuestiones de mujeres y que se escapó por el amor de una mujer, Mr. Silvera deja que lo sigan creyendo, poniendo en marcha un juego de efecto infalible: elegir al Casanova del grupo, aquí, ahora, de inmediato, en la *riva* Schiavoni. Entre carcajadas que asustan a las gaviotas, finalmente sale elegido el señor Bustos, un alegre hombrecillo en la cincuentena, cuya mujer se siente inevitablemente más halagada que él. El juego divertirá hasta la noche, se retomará aleatoriamente en los próximos días, conocerá una breve vuelta al éxito, casi al final del viaje y en adelante será evocado con satisfacción por el interesado. De Venecia, dentro de mil años, el señor Bustos quizá solo recordará a aquellos efímeros compañeros que lo bautizaron Casanova, *no less*.

Mr. Silvera mira el perfil de las islas cercanas y lejanas, los tramos de agua que, como océanos en miniatura, minúsculas proas surcan en ambos sentidos, y piensa en voz alta, en español: mil años, esta ciudad tiene mil años.

Quien está a su lado lo entiende como una memorable información turística, y repite impresionado: «¡Mil años!, *a thousand years!*».

<sup>3</sup> En español en el original.

—*Look, look, Mr. Silvera! The pigeons!*

—¡Seguidlas! —ordena enseguida Mr. Silvera, que sabe cómo tratar a su grupo.

Y así, siguiendo el vuelo de los miles de palomas, llegan a la plaza San Marco («¡Oooh! ¡Plaza San Marcooo!»), donde Mr. Silvera los deja a todos en sus recíprocos ritos fotográficos para ir a ocuparse de la única comida veneciana incluida en la «fórmula» de la Imperial.

Se mete en un antiguo soportal agachando maquinalmente la cabeza, sigue por dos o tres *callette*,<sup>4</sup> equivocándose de dirección una sola vez, distingue, por fin, a lo lejos, el cartel de la Triglia d'Oro, el restaurante-pizzería en el que dos largas mesas, para 28 cubiertos, deberían estar ya preparadas a la espera. Pero enseguida se da cuenta, por intuición, de que algo no va bien; en la *calletta* flotan olores de cocina de mil años de edad, de un milenio de menús turísticos, pero falta el intenso, humeante, pesado olor del inmediato futuro.

La Triglia d'Oro ha cambiado el día de cierre, que siempre ha sido el lunes. Un cartel descolorido en la puerta atrancada avisa: «CIERRE SEMANAL: MARTES».

No han avisado, no han enviado un télex a Londres, un local como la Triglia d'Oro no manda télex ni a Londres ni a ningún sitio.

Mr. Silvera se queda un momento pensativo, levanta los ojos hacia el cartel colgante, por encima del cual sobrevuela una gaviota quizá en busca de desperdicios aprovechables.

Un paso enérgico retumba alrededor, se para de golpe. A lo lejos, en la entrada de la *calletta*, está la hija del portugués, inmóvil y escarlata, las manos juntas, pero con la cabeza alta.

—Ah —murmura Mr. Silvera.

<sup>4</sup> Callejuelas típicas de Venecia. La palabra es de uso exclusivo veneciano.



Broncíneos e inmóviles con sus largos martillos, los dos moros de la Torre del Reloj están en equilibrio entre la una y las dos. Grupos regresando de los lugares de restauración vuelven a fluir hacia el Campanile, el Palacio Ducal, la basílica. Pero al salir de los soportales al bofetón luminoso y ventoso de la plaza, Mr. Silvera distingue rápido a su grupo, al fondo, al lado opuesto de la columnata. Es raro que se aventuren y se pierdan. Los mantiene juntos la curiosidad, la timidez, la ignorancia de la lengua extranjera (Mr. Silvera habla perfectamente un número impreciso de ellas, otras las aprendió y las olvidó) y, en este caso, lo que ellos llaman «hambre».

Una especie de delegación va hacia él con aire enfadado, como amotinados; pero Mr. Silvera es rápido levantando los brazos mostrando las dos manos cargadas con montones de bolsas de plástico azul llenas.

—*Food!* —grita—. *Drinks! Vino!*

Detrás, colorada y radiante, avanza la adolescente portuguesa, que transporta botellas de vino y dos bolsas más, llenas de bocadillos, *pizzetas* y latas. Mr. Silvera se ha aprovechado de ella de la manera que ella, sin saberlo, más deseaba: le ha confesado el imprevisto problema de organización, le ha pedido ayuda, consejo, y juntos han entrado en un bar asador donde han comprado, con el fondo de emergencia de la Imperial Tours, lo que más o menos serviría para reconfortar a los viajeros.

—*Picnic!* —grita Mr. Silvera—. *Picnic!*

Sin decirlo, consigue dar la impresión de que el pícnic en la plaza San Marco es una bonita sorpresa, una original variante expresamente programada por la agencia. Alguno se queja, pero sin convicción. La idea gusta, es algo que después podrán contar.

Mr. Silvera elige como al azar (pero los ha valorado infaliblemente) a dos mujeres y un hombre, y les confía la com-

plicada tarea de repartir los víveres. No muy distintos de las palomas, los 28 se agachan casi todos en los escalones de la columnata y empiezan a picotear la comida improvisada. Uno pide una servilleta de papel, otro se vuelca el vino o la naranjada en los pantalones, y otro fotografía de arriba abajo la memorable escena.

Mr. Silvera se apoya en una columna a unos metros de ellos. La muchacha portuguesa se le acerca con un bocadillo y una cerveza, pero Mr. Silvera lo rechaza con delicadeza, no, gracias, no tengo hambre, comeré algo más tarde... No le dice que la nutrición le parece en ese momento un proceso incómodo, desesperado; y la muchacha, mientras vuelve con su padre, muerde el bocadillo con desgana, casi como si estuviera cometiéndolo una traición.